

El sujeto frente a la inteligencia artificial: transformaciones en la subjetivación contemporánea

*Fabiola Cano Arteaga**
*Juan Carlos Cruz Cervantes***

Resumen

El presente texto tiene por objetivo analizar algunas consecuencias derivadas del uso generalizado de las inteligencias artificiales en las sociedades actuales. Inicia reflexionando sobre la rápida aceptación de su uso por los sujetos destinatarios, resultado de los procesos de subjetivación para la formación de sujetos-consumidores de las sociedades contemporáneas. Continúa explorando la construcción de la identidad humana de la modernidad a partir de la idea de su distanciamiento del animal-máquina, pero que, a través del desarrollo en la investigación sobre la inteligencia animal, permiten una revaloración de la animalidad de los seres humanos y de las relaciones con el resto de los seres vivos, así como una resignificación de la máquina misma. Sigue con algunos comentarios sobre el desarrollo de las inteligencias artificiales, con mayores capacidades de aprendizaje, asemejándose cada vez más a la inteligencia humana.

* Maestría en Ciencias en Metodología de la Ciencia, Centro de Investigaciones Económicas, Administrativas y Sociales-Instituto Politécnico Nacional (CIECAS-IPN). Correo electrónico: [fcanoa2400@alumno.ipn.mx] / ORCID: [<https://orcid.org/0000-0002-0723-8244>].

** Maestría en Psicología Social de Grupos e Instituciones, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco. Correo electrónico: [cruz.cervantes.juan.carlos@gmail.com] / ORCID: [<https://orcid.org/0000-0002-6069-6033>].

Finalmente, cierra el texto con algunas reflexiones sobre el impacto social, los nuevos procesos de subjetivación y los aspectos éticos y políticos implicados.

Palabras clave: inteligencias artificiales, subjetivación, inteligencia humana.

Abstract

The objective of this text is to analyze some consequences derived from the widespread use of Artificial Intelligences in modern societies. It begins by reflecting on the rapid acceptance of their use by the recipient subjects, a result of the subjectivation processes for the formation of subject-consumers in contemporary societies. It continues exploring the construction of the human identity of modernity based on the idea of its distancing from the animal-machine, but that, through the development of research on animal intelligence, allows a revaluation of the animality of human beings and of relationships with the rest of living beings, as well a new meaning of the machine itself. It continues with some comments on the development of artificial intelligence, with greater learning capabilities, increasingly resembling human intelligence. Finally, the text concludes with some reflections on the social impact, the new processes of subjectification and the ethical and political aspects involved.

Keywords: artificial intelligences, subjectification, human intelligence.

Inteligencias artificiales e hipervelocidad

Parece ser que las sociedades contemporáneas se encuentran ante una nueva revolución industrial y social por la inserción de la inteligencia artificial (IA) en la vida cotidiana. Se trata de una transformación de velocidad hiperbolizada y de amplio impacto micro y macrosocial, por lo que ha sido necesario que los científicos sociales pongan atención a este fenómeno emergente.

De tiempo atrás el desarrollo tecnológico aceleró el ritmo de las actividades humanas. Baudrillard y Guillaume (2000) habían escrito sobre la imposibilidad del viaje, que requiere un ritmo lento para que sea transformador, y su sustitución por el turismo en el que todo lo que se hace y mira –con un ritmo acelerado– termina siendo más de lo mismo. Bauman (2017) también habló de las nuevas sociedades en las que todo cambia y fluye de forma vertiginosa. Han (2022) reflexionó sobre esa actividad incesante, la máxima positividad que llevó a la conformación del actual sujeto exhausto y agotado que, a pesar de ello, no detiene su movimiento, un sujeto maquinizado.

Sin embargo, a partir de 2022, con la aparición pública de Chat-GPT,¹ esa velocidad ha sido llevada a un extremo difícil de imaginar. No dejó de llamar la atención la hipervelocidad en la aceptación del público, que en enero de 2023 ya alcanzaba los 100 millones de usuarios mensuales (Unesco, 2024), hipervelocidad de esta nueva tecnología capaz de procesar información extraída de la red en tan solo unos segundos.

En la historia del desarrollo tecnológico, distintas innovaciones han sido recibidas con entusiasmo o rechazadas con vigor –la imprenta fue un desarrollo tecnológico recibido con recelo (Sartori, 2012)–, pero tanto la expansión de la tecnología como su utilización se daba a lo largo de décadas. Por lo anterior, resulta interesante observar la facilidad de adaptación a nuevas circunstancias por parte de los sujetos-consumidores, a partir de las nuevas tecnologías desarrolladas y promovidas por el sistema económico actual, altamente tecnificado. Si en otras épocas el cambio de las opiniones podía llevar años, décadas e incluso siglos, actualmente en un lapso de algunos años, meses o semanas se transforman las opiniones más arraigadas. La velocidad de las nuevas herramientas tecnológicas tiene su correlato en la velocidad de asimilación de los sujetos-consumidores a la que está dirigida.

¹ Si bien existen distintas denominaciones para la inteligencia artificial, como la generativa, la predictiva, el *machine learning* o las redes neuronales, se decidió usar el término inteligencia artificial (IA) por ser el término de más amplio uso del público en general.

Se podría pensar que el tiempo récord en el que millones de personas han incorporado el uso de la IA a sus actividades escolares, laborales o recreativas, se explica en cierta medida por los efectos de subjetivación generados por un conjunto de dispositivos –en el sentido de Agamben (2011)–, de tecnologías como formas de expresión del biopoder (Agüero, 2010), para la conformación de sus nuevos sujetos-consumidores. Se trata de la combinación de tecnologías desarrolladas para incidir sobre los objetos del mundo o sobre la información producida en él, y otras enfocadas en construir a los nuevos sujetos que participan de la producción y uso de tales objetos.

Pero habrá que pensar el ritmo de la asimilación de las experiencias. Esto recuerda un poco la idea de Benjamin (2008), quien considera que, aunque alrededor de la vida de los sujetos pasen cosas, muchas cosas, eso no conlleva que *le pasen* al sujeto. Un modo de hacer automático e inconsciente caracteriza la vida en las sociedades de la hipervelocidad. Ha habido, sin duda, formas de resistencia: el movimiento *slow* (Carbonell-Sebarroja, 2015) es una de las expresiones más explícitas de confrontación al padecimiento producido por las altas velocidades. Pero tales intentos por vivir de otro modo son aislados o se ubican en los márgenes de la vida social.

El segundo aspecto de la hipervelocidad se asocia a la tecnología en sí. El ChatGPT es capaz de procesar enormes cantidades de información sin comparación con algo antes visto. Pero lo anterior no carece de problemas. Los expertos en inteligencia artificial aún discuten sobre el tema de la caja negra, los procesos que ocurren para que el ChatGPT presente la información como resultado final.

Lo anterior implica que los algoritmos desarrollados son incapaces de explicar de forma detallada el proceso mediante el cual llegan a determinado resultado: sus criterios de evaluación de la información procesada. En computación la noción de caja negra permite describir el proceso por el cual tanto los datos ingresados como los obtenidos son comprensibles, pero no el proceso *interno* que llevó de los primeros a los últimos. El proceso de codificación no puede ser escudriñado debido a la cualidad del programa de *evolucionar* (Villalobos-Portales, 2021).

Esto no deja de ser llamativo por la forma en que una invención escapa a la comprensión de quienes la diseñaron. Ya había ocurrido en el pasado que programas desarrollados para jugar ajedrez e ir “aprendiendo” a través de su “experiencia” terminaban venciendo a sus programadores primero y a los mejores ajedrecistas del mundo después. Estos avances ya resultaban sorprendentes décadas atrás, pero la nueva inteligencia artificial, tal como tomó impulso en 2022, sobrepasa con mucho las expectativas de otros tiempos.

Se tienen, entonces, dos problemas: 1) una asimilación veloz y, precisamente por el efecto de esa velocidad, potencialmente acrítica en relación con la pertinencia o fines del uso de las nuevas tecnologías por parte de los sujetos-consumidores en el orden tecnoliberal, y 2) una capacidad de las tecnologías utilizadas que parece escapar a la comprensión de su funcionamiento por parte de sus creadores y, con mayor razón, de los usuarios pertenecientes al público destinatario.

Borges (1991), en *Tlön, Uqbar, Orbis Tertius*, imaginó todo un universo ficticio que inició con la descripción de un país imaginario en un tomo de cierta edición de la *Enciclopedia Británica* que, a partir del trabajo de escritura de sucesivos hombres y generaciones, se transformó en un universo entero, poseedor de su propia historia, jurisprudencia, mitos, geografía, biología, matemática, gramática, etcétera. En los párrafos finales del relato, el autor reflexiona sobre la fascinación por dicho universo ficticio y concluye que ésta radicaba en el hecho de que, al tratarse de una creación humana, tenía leyes y procesos comprensibles a su intelecto, a diferencia de la misteriosa naturaleza.

Lo que pareciera estarse viviendo a partir de la presentación pública de las nuevas inteligencias artificiales es que el ser humano ha creado un entorno artificial incomprendible no sólo para el consumidor final de la tecnología (algo que ya había sucedido a lo largo de la historia humana), sino para los propios creadores. Lo anterior ofrece nuevos retos nunca vistos en la historia humana.

En las reflexiones socioculturales sobre el uso de herramientas se considera que estas últimas pueden clasificarse en dos tipos: 1) las que sirven para la transformación del mundo habitado y 2) las que

sirven para la conformación de la propia mente. Las primeras son herramientas físicas y las segundas son conceptuales. A partir de su uso, el ser humano construye *su* mundo a la par que se construye a *sí mismo* (Wertsch, 1988; Hernández-Rojas, 1998).

Aunado a esto, pueden tomarse en cuenta las reflexiones de Mumford, referidas por Mitcham (1994), desde lo que podría llamarse filosofía de la tecnología, en las cuales distingue entre las polí o biotecnias y las monotecnias. En las primeras se refiere a aquellas que permiten múltiples interpretaciones del mundo, es decir, que en algún sentido enriquecen la experiencia humana, mientras que las segundas no tienen más que una interpretación posible, la impuesta desde la hegemonía y el poder, cuyo ejemplo podría ser la bomba nuclear. Así, estas reflexiones generan cuestionamientos sobre a cuál de estas categorías pertenecería la IA, que pareciera presentarse potencialmente en ambas: el potencial de una herramienta que potencie las capacidades humanas o una que mantenga al ser humano en la inercia.

Las nuevas IA, como un tipo de herramienta física y conceptual a la par, establecen un tipo de relación con su usuario, que presenta retos para la comprensión de sus efectos. A diferencia de otro tipo de herramientas humanas, ésta se caracteriza por su capacidad de aprendizaje (característica no atribuible a ningún otro tipo de herramienta), por lo que el ritmo de su transformación exige del usuario un ritmo de aprendizaje correspondiente, aunque no del todo intencional.

Una crisis en el imaginario de ser humano: ni animal ni máquina

Freud (1979) hablaba de las tres heridas narcisistas producidas tras ciertas revoluciones en el pensamiento occidental. Se trató en todos los casos de descentramientos: Copérnico quitó a la Tierra, morada del ser humano (criatura hecha imagen y semejanza de Dios), del centro del universo. Darwin situó al animal humano dentro del conjunto de los seres vivos alejándolo de su centro privilegiado. Freud,

con el descubrimiento del inconsciente, llevó a dejar de considerar a la razón y al pensamiento consciente como centro de la actividad psíquica. No parece exagerado pensar que la nueva IA subvierte la relación que la modernidad ha concebido entre el ser humano y la máquina, pudiendo ser considerada una nueva herida narcisista o bien la continuación de las dos anteriores, las producidas por la teoría de la evolución y el psicoanálisis.²

En la filosofía cartesiana el ser humano se distinguía del animal-máquina, incapaz de razonamiento. Lo animal y lo maquínico estaban profundamente vinculados en la imaginación de ese tiempo y dicha idea perduró por siglos. Era moneda corriente la creencia en la existencia de algún elemento “especial” –Dennett (2015) dirá “mágico”–, que diera sentido a la experiencia humana y le distinguiere radicalmente tanto del resto de los animales como de las máquinas de los inicios de la modernidad.

Por lo anterior, vale la pena hacer algunos comentarios en torno a la noción de animalidad y la manera en que se distinguía de lo humano en esos años previos a la teoría darwiniana –que además enfrentó resistencias, algunas de las cuales prevalecen hasta la fecha–.

El regreso de la animalidad humana

De la creencia, aún presente en ciertos sectores sociales, de la diferencia esencial del ser humano del resto de las especies animales, se ha pasado a un descubrimiento de cualidades análogas del ser humano con éstas. Tal es el caso de los procesos afectivos complejos descubiertos por las neurociencias al estudiar el funcionamiento cerebral de los mamíferos. De tal forma que, lejos de ser la humanidad la única que ostenta la capacidad de vincularse a través del afecto, y

² Aunque es pertinente mencionar que eso parece ser una preocupación de ciertos sectores de la sociedad, como los miembros de la comunidad científica y la academia, no necesariamente tales debates asumen un lugar central entre el público en general, usuario de tecnologías digitales, que parece haber integrado a la IA en su vida cotidiana, con fines pragmáticos y de entretenimiento.

haciendo referencia a las palabras de Carl Sagan en *Los Dragones del Edén. Especulaciones sobre la evolución de la inteligencia humana*, el amor es invención de los mamíferos (Sagan, 1993).

Pero no sólo en el terreno de la afectividad la humanidad se ha descubierto más parecida a otras especies de lo que creía, sino también en el caso de los estudios de inteligencia animal. Contra los prejuicios prevalecientes a lo largo de siglos, los animales son capaces de desarrollar habilidades cognitivas complejas. Algunos de ellos cercanos evolutivamente a los seres humanos, como el chimpancé o el orangután, y otros tan alejados como el pulpo. Sobre este último, a partir de una serie de investigaciones en torno a su inteligencia, Godfrey-Smith (2017) reflexiona sobre las peculiaridades del pensamiento humano sin que lo anterior implique que la mente es una cualidad exclusiva de la especie humana.

Conforme se fueron ampliando los descubrimientos en los estudios de la neurociencia y la inteligencia animal, más similitudes se encontraron entre el ser humano y otros animales. Tanto han cambiado las ideas en torno a otras especies animales que, a partir de las reflexiones filosóficas y los esfuerzos de activismo en favor de los derechos animales, a ciertas especies les ha sido otorgado el reconocimiento como personas no humanas. Lo anterior implicó una transformación de la noción de persona, una revalorización de la animalidad del ser humano y cierta humanización de algunas especies animales (aquellas que por su desarrollo intelectual y emocional se asemejan más a la especie humana).

Aun cuando la gran mayoría de las especies no alcancen dicho reconocimiento, la investigación genética ha revelado que incluso animales tan poco parecidos al ser humano, como es el caso de las moscas, comparten genes a tal grado que ciertas enfermedades del cerebro humano pueden ser estudiadas a partir de la manipulación de esos mismos genes en otras especies (Kandel, 2019). Un conocimiento muy profundo de la biología humana se revela al investigar a un animal que estaría muy lejos de ser considerado como persona no humana.

La mente humana como programa de computadora

Como puede apreciarse, la vida animal poco a poco fue distanciándose de la idea de máquina y aproximándose al ser humano. Pero, de manera paralela, la máquina se ha complejizado de forma que lo artificial-maquinico empezó a tener mayores similitudes con lo natural-humano, las nuevas máquinas se parecen cada vez más a sus creadores, lo que lleva a temer que el funcionamiento del sujeto mismo sea, en su fundamento, maquinico. En estas discusiones se encuentran autores como Copeland (1996), Dennett (2015), Hofstadter (1982; 2021), Hofstadter y Dennett (1983).

En *Gödel, Escher y Bach. Un eterno y grácil bucle*, Hofstadter (1982) hace una reflexión sobre los sistemas complejos conformados por procesos simples. Se trata de explorar cómo lo que a primera vista parece un fenómeno sumamente simple (mecánico), considerado desde un nivel más amplio, participa de procesos de creciente complejidad. Tales reflexiones eran importantes para el desarrollo de la IA debido a que buscaban integrar una mirada reduccionista (centrada en los procesos más simples de un sistema), con una mirada holista (centrada en los procesos de mayor complejidad). La inteligencia humana, que a un nivel inferior se sostiene por la actividad de la neurona, se va complejizando a partir de un ascenso creciente de complejidad hasta llegar a los fenómenos de más alta creatividad humana. El estudio de la conexión entre los distintos niveles permitiría la creación de procesos análogos desarrollados artificialmente, de ahí la analogía con las redes neuronales.

Dennett (2015) reflexionó sobre el mismo tema: ¿cómo se relacionan los procesos de menor y de mayor complejidad en el cerebro humano para producir los fenómenos mentales superiores? Describe la resistencia a pensar que los procesos mentales se sostengan a partir del funcionamiento del sistema nervioso y la corteza cerebral, y que una consideración así sería reduccionista. Comenta que los que se posicionan en ese punto de vista apelan a una suerte de “células mágicas” que tendrían una cualidad no reductible o explicable por los procesos ocurridos en los niveles inferiores del funcionamiento

cerebral. En esa idea de “células mágicas” siguen presentes los restos del imaginario de una diferencia radical entre los procesos psicológicos superiores del ser humano y los procesos mecánicos del cuerpo.

Hofstadter (1982) hace un análisis acerca de la posibilidad del desarrollo de la inteligencia artificial, a través de la relación entre conceptos de diversas áreas del conocimiento, desde la filosofía, pasando por la matemática, la teoría informática, las neurociencias, la psicología cognitiva, pero también el arte y la literatura.

La idea que se tenía sobre ésta se ha transformado radicalmente a partir de los avances en las investigaciones científicas. Tales descubrimientos han permitido al ser humano tener una idea más clara de qué significa sentir y pensar, lo que implica su humanidad y la posibilidad de crearla artificialmente, he aquí la potencialidad de la IA como una politecnia.

El deseo de crear un ser artificial es anterior a la aparición de la tecnología informática y, no importa el periodo del que se trate, dicho tema presenta características de tabú. Por ejemplo, es posible remontarse a la leyenda judía del Golem, un ser de barro que a través del saber cabalístico se vuelve un autómata. A pesar de poseer ciertas cualidades de movimiento, la inteligencia le es ajena. Otra figura tradicional estaría expresada en el Homúnculo, ser creado a través del saber alquímico, poseedor de conciencia y volición. En el relato de ciencia ficción “Setenta y dos letras”, de Ted Chiang (2021), ambas ideas son combinadas. El protagonista crea un autómata capaz de construir a otros autómatas lo que le lleva a entrar en conflicto con los grupos conservadores, que consideran semejante invención como un riesgo para la sociedad. En la idea de crear, de forma artificial, algo tan semejante con el ser humano, se percibe la idea de un límite que no debería sobrepasarse.

Otro autor de ciencia ficción, Isaac Asimov (2016), describe en su novela *Yo robot* un mundo en el cual los robots se han vuelto un elemento central del sistema social. La inteligencia artificial ha sido posible gracias a la creación de cerebros positrónicos, y la complejidad de éstos ha llegado a tal grado que son requeridos especialistas en robopsicología para resolver cualquier problema en esta área.

En el cuento “El hombre bicentenario”, del mismo autor (Asimov, 1994), la complejidad del comportamiento de Andrew, un robot que tiene la “anomalía de la creatividad”, lo lleva a transformar su título del *Robot centenario* al del término que nombra este relato. Así, en estos textos de Asimov está siempre presente el tema de los límites entre la inteligencia “natural” y artificial.

La visión de Asimov es más bien optimista, utópica. En su universo de ficción existen tres leyes de la robótica: 1) un robot no hará daño a un ser humano o, por inacción, permitir que un ser humano sufra daño, 2) un robot debe obedecer las órdenes dadas por los seres humanos, excepto si estas órdenes entraen en conflicto con la primera ley, 3) un robot debe proteger su propia existencia en la medida en que esta protección no entre en conflicto con la primera o la segunda ley. La consecuencia de estas leyes es que el planeta termina siendo controlado, hasta en los mínimos detalles, por una súper inteligencia artificial llamada Cerebro, que les protege incluso de sí mismos, de su propia humanidad.

Por el contrario, otras posturas con respecto al desarrollo de la IA son más bien paranoicas. El cine ha dado ejemplo de ello en películas como *2001, una odisea en el espacio*, *Terminator* o *Matrix*, en donde la máquina controla o extermina a su creador. O bien, películas pesimistas en cuanto a la forma de relación del hombre y su creación, como en el caso de la película *Inteligencia Artificial* o *El atlas de las nubes*, en donde las inteligencias creadas, poseedoras de sensibilidad y voluntad, son oprimidas por los seres humanos. Estos temas están presentes en la obra de Asimov de una u otra forma.

Pero al lado de todas estas fantasías de creación de inteligencias artificiales antropomórficas, lo cierto es que la tecnología informática fue avanzando en las últimas décadas de tal forma que la creación de aparatos inteligentes ha invadido la cotidaneidad del siglo XXI.

Hofstadter (1982) relata el desarrollo de los programas informáticos que llevaron de primitivos procesadores de información carentes de flexibilidad, a la aparición de sistemas más complejos, como aquel *software* que, varios movimientos antes de finalizar una partida de ajedrez, “previó” su derrota inminente y “decidió rendirse” desde

ese momento. Lo interesante del caso fue –a semejanza del personaje de Asimov cuyo problema era poseer “el defecto de la creatividad”– el hecho de que apareciera una acción “más allá” de aquello para lo que estaba programado. Esto llevó a explorar la posibilidad de crear sistemas cada vez más complejos que pudieran adaptarse a las cambiantes condiciones, esto es, que aprendieran.

Estas ideas llevaron a aproximar los procesos mentales con los programas flexibles de las computadoras, es decir, que los algoritmos que permitían crear inteligencia artificial podrían dar cuenta de los procesos complejos de pensamiento humano. El desarrollo de la IA en los últimos años parece dar la razón a las especulaciones anteriores. Si la máquina puede humanizarse el humano puede maquinizarse.

Tales imaginarios se reactivan con más fuerza precisamente porque en este breve lapso muchas máquinas han sido consideradas en distintos sentidos como sujetos de derecho. En donde tribunales alrededor del mundo han dado reconocimientos tales como derecho de autoría, participaciones en concursos literarios, artísticos o –en la forma de robots– deportivos, de las que en varias ocasiones han resultado ganadoras, nombramiento para cargos directivos, participación en candidaturas de elecciones políticas, asignación de sexo y nacionalidad (Villalobos-Portales, 2021).

Esta nueva forma de relación con la máquina es inédita en la historia de la sociedad moderna. Y potencia la emergencia de ciertos procesos que tecnologías anteriores ya habían anunciado. Copeland (1996) narra el caso de ELIZA, la psicoterapeuta, una IA desarrollada por Weinzenbaum en la década de los 1960. A lo largo de algunos años este programa realizó entrevistas psicoterapéuticas a participantes que acudían al laboratorio del MIT en el que estaba instalada. La finalidad consistía en investigar las interacciones entre máquinas y personas. Sin embargo, su creador, de forma análoga al doctor Frankenstein, se convirtió en crítico del uso de su propia invención.³

³ Llama la atención los numerosos casos en los que los desarrolladores de este tipo de programas se han convertido en sus más férreos detractores (Coello, 2024).

Lo anterior se debió a que las personas que interactuaban con *ELIZA* empezaban a establecer una relación con ella como si fuera humana, siendo notorio el vínculo emocional que se iba formando con el transcurrir de las entrevistas y que los llevaba, incluso, a la confesión de secretos muy íntimos. Lo que sorprendió a Weizenbaum era que aun cuando los encuentros eran breves, generaban ese poderoso efecto en sujetos comunes que, pese a los esfuerzos de programador, no podían ser convencidos de que no se trataba de una persona real y que incluso había psiquiatras que estaban dispuestos a permitir que la máquina se hiciera cargo de sus pacientes (Copeland, 1996).

Lo anterior recuerda el cuento de Miedaner (1983), “El alma de la bestia. Mark III”, cuyo argumento gira en torno a un reto dirigido a uno de los personajes para que destruya de un martillazo a un insecto robot, pero que se complica ante los movimientos de este último, pues da la impresión de que “lucha por su vida”. A pesar de que se trataba de un robot relativamente simple, cuyo comportamiento simulaba el de un ser vivo solo de manera superficial, el personaje que recibe el reto se niega a destruir al robot, pues considera que lo está matando.

Es un proceso semejante al que se produjo con las personas que se entrevistaron con *ELIZA*. Era un programa relativamente sencillo, sin la flexibilidad ni la capacidad de aprendizaje que se desarrollaron con el paso de las décadas (Copeland, 1996). Pero podría considerarse como el anuncio de nuevos retos, pues siendo este programa una tecnología bastante limitada (si se le compara con los que dominan el panorama contemporáneo), no por ello dejaban de producirse aquellos significativos procesos emocionales. Por tanto, ¿qué se podría esperar de las nuevas relaciones establecidas por los usuarios con las IA del presente, muy superiores en flexibilidad, capacidad de aprendizaje y recursos para la emulación de la interacción humana?

La capacidad humana para relacionarse a partir de una teoría de la mente que atribuye intencionalidad a los otros seres (Kandel, 2019) ofrece elementos para comprender estos procesos de antropomorfización de la tecnología. Y ahí es posible vislumbrar otra línea

de reflexión con respecto a su uso. No sólo se trata de saber en qué medida las IA piensan como un ser humano, sino de cuáles son las consecuencias de que los usuarios consideren que así sea.

Lo anterior muestra la variedad de posicionamientos con respecto al desarrollo y uso generalizado de nuevas IA. Varona Aramburu (2023) destaca el hecho de que, tras la liberación del uso de ChatGPT, refiriéndose al tema de la integración de las IA en el trabajo de investigación científica, los representantes de dos de las revistas científicas más prestigiosas a nivel internacional se habían colocado en posiciones opuestas sobre este tema. Holden Thorp, editor jefe de *Science*, afirmó que es la mente humana a la que le corresponde el diseño y la interpretación de resultados, siendo las nuevas tecnologías herramientas importantes, sin que cumplan el papel central en la producción del conocimiento. Por su parte, la revista *Nature* publicó un artículo en el cual se hacía un análisis de las ventajas que dichas tecnologías aportaban a la investigación científica en distintas fases de una investigación.

Otra racionalidad asociada con uso de la inteligencia artificial

Pero el énfasis dado a la discusión sobre el nivel de racionalidad artificial que podrían alcanzar estas nuevas tecnologías tiende a hacer que se olvide otra racionalidad que, si bien aparece en ciertos debates, queda opacada por la fascinación de la “mágica” tecnología. Se trata de las estructuras político-económicas productoras y promotoras de la expansión de las nuevas inteligencias artificiales de las que se hablaba en los párrafos iniciales del presente texto. Si la imaginación de los sujetos-consumidores se arremolina alrededor del tema de la capacidad de pensamiento de tales tecnologías y de los riesgos de pérdida de control de éstas, debido a alguna forma de emancipación con respecto a sus creadores, por una adquisición repentina de conciencia y voluntad, lo cierto es que otras voluntades están presentes y no son de reciente aparición sino harto conocidas por las sociedades contemporáneas.

Se trata de los intereses de ciertos sectores sociales poseedores de un capital económico y tecnológico que los llevan a hacer uso de las herramientas de IA con mayor eficacia que las grandes masas conformadas por los sujetos-consumidores. Los contextos de producción de estas nuevas tecnologías no han estado libres de la lucha entre distintos agentes sociales cuyas finalidades son en muchos puntos contrapuestas. Piénsese en la insistencia de muchos programadores para que la IA fuera de acceso libre a las personas con el fin de evitar su monopolización por los grandes corporativos para los que trabajaban y que entraron en choque con los objetivos promovidos por los CEO de éstos.

Además de la caja negra correspondiente a los modos en que las IA procesan la información, aparece la racionalidad invisible del sistema económico que las utiliza para los fines a los que la tecnología ha sido orientada desde hace siglos en el sistema capitalista: la producción de riqueza. Esto demanda que se piensen los aspectos políticos y éticos implicados en estas nuevas formas de producción y consumo. En este sentido, puede debatirse también que la IA es una monotecnia que sólo tiene una posible interpretación, como una expresión más del poder económico tecnoliberal.

En el *Protágoras* de Platón (2010) se presenta, en boca del sofista, una particular versión del mito del robo del fuego por Prometeo. El relato indica que tanto Prometeo como Epimeteo tenían por mandato otorgar los dones a los seres que habitaban la Tierra. Por un error de este último, el ser humano se queda sin aquellos atributos que le permitirían sobrevivir: pelaje para protegerse del frío, fuerza o velocidad para defenderse o huir de los depredadores respectivamente, veneno, capacidad para confundirse con el entorno, etcétera. En tal situación el ser humano no podría sobrevivir, por lo que Prometeo decide resolverlo. Sube al Olimpo para robar el fuego, tesoro de los dioses. En esta variante filosófica del mito se habla de dos fuegos: el de Atenea, correspondiente a la razón estratégica, y el de Hefestos, consistente en la técnica que da el dominio de los metales.

Tras recibir ese don divino otorgado por Prometeo, inician la creación de herramientas para construir sus ciudades, armas para ca-

zar su alimento y defenderse de los depredadores. Pero, al interior de las ciudades, los seres humanos empiezan a pelear entre sí. Al ver esto, Zeus, sabiendo que de continuar así terminarían destruyéndose a sí mismos, les otorga otro don: la política, la capacidad de vivir bajo las leyes y así conformar una sociedad (Platón, 2010).

La técnica podría ser fuente de soluciones o de problemas. De hecho, han sido ambas cosas a lo largo de la historia humana. Esto no puede determinarse de forma general, sino en relación con el contexto de su aplicación, de los agentes que participan de su uso. En sí misma no es sino una extensión de las posibilidades humanas, pero, en las sociedades actuales, son los fines para los que es utilizada lo que constituyen su dimensión axiológica. Carl Sagan (1993) decía que los procesos racionales (y puede agregarse, sus derivados, su aplicación como tecnología), no constituían fines en sí mismos, sino que debían entenderse en el contexto más amplio del bienestar humano.

Y dicho contexto es aún un proyecto por construir. La liberación de las IA para su acceso de forma “libre” no implica, de forma necesaria, un fomento de la cultura democrática. De Bourdieu (1997) puede recuperarse su conceptualización del espacio social, en donde los sujetos, a partir de una combinación particular de capitales heredados y adquiridos, luchan por ciertos bienes y buscan alcanzar o permanecer en determinadas posiciones. El uso de las IA se produce en un espacio social de grandes variaciones. Sectores privilegiados, instituciones hegemónicas, regiones con mayor desarrollo tecnológico, etcétera.

A eso se suma una idea planteada en las primeras páginas del presente texto: la IA entendida como instrumento que se ubica en la frontera entre instrumentos materiales e instrumentos conceptuales (Hernández-Rojas, 1998; Wertsch, 1988). Procesa información externa al sujeto, pero, a través de su uso, la conformación de sus propios procesos cognitivos genera nuevas posibilidades. A diferencia del texto tradicional, con el que el lector establecía un diálogo (en claro sentido metafórico), la IA posibilita una experiencia más cercana a una conversación con otro, una *personalización* –en el sentido de Lipovetsky (2002a; 2002b)–, en la relación con la información.

Esta cualidad conversacional alcanza un grado de complejidad que no ha sido posible con aquellas especies animales a las que se les ha dado el reconocimiento de personas no humanas.

Pero el vínculo que los sujetos han establecido con las nuevas IA no ha sido sólo el de un instrumento para el logro de fines. Recuérdense los efectos de las entrevistas con ELIZA (Copeland, 1996). La racionalidad instrumental se ve seriamente transformada cuando el objeto a utilizar tiene tanta semejanza con el sujeto que lo utiliza. Esta antropomorfización de la herramienta tecnológica exigirá nuevas investigaciones sobre los procesos de subjetivación asociados a ella.

Lo anterior resulta importante porque el uso de las IA desborda con mucho los fines cognitivos. No se trata sólo de una herramienta para la construcción de la mente racional del sujeto usuario. Su uso generalizado puede ubicarse más bien en el ámbito del entretenimiento y el consumo. Más allá de una IA que generaba respuestas que simulaban (a veces muy torpemente) un diálogo con un terapeuta no directivo (Copeland, 1996), los nuevos desarrollos de estas tecnologías llevan a que los usuarios indiquen al programa que simule ser su pareja, constituyéndose así en una relación con *un otro personalizado*, libre de conflictos o responsabilidades, y cuyas consecuencias en las experiencias de alteridad abrirán campos importantes de investigación.

En conclusión, con la aparición de las nuevas inteligencias artificiales se han visto transformados no sólo las formas de manejo de información y generación de conocimiento, sino que han alcanzado a los procesos de subjetivación mismos. Esto ha llevado a discusiones tanto sobre los riesgos como sobre las posibilidades de potenciación de las capacidades humanas. También ha generado nuevas reflexiones sobre las características propias del ser humano. Prevalecen grandes áreas de incertidumbre sobre los efectos a largo plazo de la introducción de tales tecnologías en la vida cotidiana. Los cambios suceden de forma acelerada dejando al pensamiento sobre éstos en situación de rezago. Es importante estar alerta sobre los posibles efectos, pues la transformación que han generado en la relación con la información y la construcción de conocimiento tiene consecuen-

cias en las esferas ética y política. La cultura misma se verá transformada (y aún es difícil imaginar de qué forma) por este nuevo fuego, la inteligencia artificial.

Referencias

- Abeliuk, Andrés y Gutiérrez, Claudio (2021), “Historia y evolución de la inteligencia artificial”, *Revista Bits de la ciencia*, núm. 21, pp. 14-21.
- Agamben, Giorgio (2011), “¿Qué es un dispositivo?”, *Sociológica*, vol. 26, núm. 73, pp. 249-264.
- Agüero, Juan (2010), “Michel Foucault y la gubernamentalidad financiera”, *VI Jornadas de Sociología de la UNLP*.
- Asimov, Isaac (1994), *El hombre bicentenario y otros cuentos*, Ediciones B.
- Asimov, Isaac (2016), *Yo robot*, Editorial Sudamericana.
- Baudrillard, Jean y Guillaume, Marc (2000), *Figuras de alteridad*, Taurus.
- Bauman, Zygmunt (2017), *Sobre la educación en un mundo líquido*, Paidós.
- Benjamin, Walter (2008), *El narrador*, Metales pesados, Santiago de Chile.
- Borges, Jorge Luis (1991), *Ficciones*, Alianza, Madrid.
- Bourdieu, Pierre (1997), *Capital cultural, escuela y espacio social*, Siglo XXI Editores, México.
- Carbonell-Sebarroja, Jaume (2015), *Pedagogías del siglo XXI: alternativas para la innovación educativa*, Ediciones Octaedro.
- Chiang, Ted (2021), “Setenta y dos letras”, en *La historia de tu vida*, Alamut.
- Coello, Carlos (2024), “Del asombro al miedo: pasado, presente y futuro de la inteligencia artificial. Historia de la inteligencia artificial (IA), desde sus orígenes y hasta nuestros días”, [conferencia magistral], *Inteligencia artificial: del concepto a la implementación*.

- Copeland, Jack (1996), *Inteligencia artificial: una introducción filosófica*, Alianza Editorial.
- Dennett, Daniel (2015), *Bombas de intuición y otras herramientas del pensamiento*, Fondo de Cultura Económica.
- Freud, Sigmund (1979), “Una dificultad del psicoanálisis”, en *Obras completas XVII* (pp. 129-135), Amorrortu, Buenos Aires.
- Godfrey-Smith, Peter (2017), *Otras mentes. El pulpo, el mar y los orígenes profundos de la conciencia*, Taurus.
- Han, Byung-Chul (2022), *La sociedad del cansancio*, Herder.
- Hernández-Rojas, Gerardo (1998), *Paradigmas en psicología de la educación*, Paidós, México.
- Hofstadter, Douglas (1982), *Gödel, Escher y Bach. Una eterno y grácil bucle*, Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, México.
- Hofstadter, Douglas (2021), *Yo soy un extraño bucle*, Tusquets.
- Hofstadter, Douglas y Dennett, Daniel (1983), *El ojo de la mente: fantasías y reflexiones sobre el yo y el alma*, Sudamericana, Buenos Aires.
- Kandel, Eric (2019), *La nueva biología de la mente: qué nos dicen los trastornos cerebrales con respecto a nosotros mismos*, Paidós.
- Lipovetsky, Gilles (2002a), *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo posmoderno*, Anagrama, Barcelona.
- Lipovetsky, Gilles (2002b), *El imperio de lo efímero*, Anagrama, Barcelona.
- Miedaner, Terrel (1983), “El alma de la bestia Mark III”, en Douglas Hofstadter y Daniel Dennett (eds.), *El ojo de la mente: fantasías y reflexiones sobre el yo y el alma*, Sudamericana, Buenos Aires.
- Mitcham, Carl (1994), *Thinking through Technology. The Path between Engineering and Philosophy*, The University of Chicago Press, Estados Unidos.
- Platón (2010), *Protágoras*, Gredos, España.s
- Sagan, Carl (1993), *Los dragones del Edén. Especulaciones sobre la evolución de la inteligencia humana*, Crítica, Madrid.
- Sartori, Giovanni (2012), *Homo videns. La sociedad teledirigida*, Taurus, Madrid.

Unesco (2024), *Guía para el uso de IA generativa en educación e investigación*, Unesco.

Varona-Aramburu, David (2023), “Investigación en ciencias sociales, ante el reto de la inteligencia artificial”, *PURIQ*, vol. 5, p. e507.

Villalobos-Portales, Jorge (2021), “La inteligencia artificial como gato de Schrödinger en el arte: ¿objeto y sujeto de derecho?”, *Naturaleza y libertad: revista de estudios interdisciplinarios*, núm. 15, pp. 165-182.

Wertsch, James (1988), *Vygotsky y la formación social de la mente*, Paidós.

Fecha de recepción: 15/11/24

Fecha de aceptación: 06/03/25

DOI: 10.24275/tramas/uamx/202563201-220